

# "el cepillo de dientes", de jorge díaz

**S**EMANAS atrás, hablaba yo en esta misma columna del vacío hispanoamericano que registraba, a pesar de trabajar aquí varios actores argentinos, nuestra vida teatral. Era ya más que hora —en un contexto donde no ha faltado jamás la retórica de las relaciones culturales e históricas entre España e Hispanoamérica— de que subiese a nuestros escenarios una obra entroncada con el nuevo teatro de aquellos países, y, a ser posible, hecha desde los supuestos escénicos —interpretación, dirección, luz, escenografía...— que allí se barajan.

El vacío acaba ahora de llenarse. Y ojalá no se trate de una excepción, sino de un comienzo.

En el teatro Valle Inclán, Jorge Díaz ha estrenado "El cepillo de dientes", con la chilena Carla Cristi y el español Agustín González en el reparto, y Rubén Benítez, argentino, en la dirección.

No diré que haya sido un espectáculo insólito, al que no pudiéramos acercarnos con algunos juicios trabajados en la experiencia de lectores y espectadores. Con todo, lo primero que suscita "El cepillo de dientes" es el convencimiento de que se trata de una representación particular y distinta dentro de nuestra vida teatral. Es decir, un fenómeno refrescante, que obliga a consideraciones infrecuentes y que justifica, a nivelas prácticos, escuetos, tangibles, la llegada del teatro hispanoamericano.

Jorge Díaz es uno de los primeros autores chilenos contemporáneos. Es un hombre muy joven, con una producción en curso, totalmente ligado a nuestro tiempo. Su trabajo se adscribe perfectamente a las polémicas que ensanchan actualmente el concepto, hasta ahora un tanto restringido, del realismo. Jorge Díaz no es un autor "del absurdo", entendido éste como inmutable principio metafísico. Su teatro —"El velero en la botella", "Réquiem por un girasol", "El cepillo de dientes"— está simplemente mostrando las formas absurdas de la existencia; los resultados últimos de una cultura repleta de factores deformantes, automatizadores, estúpidos. Jorge Díaz es un testigo directo, lúcido, y no indirecto e involuntario —como ocurre con algunos "vanguardistas"— de las corrupciones últimas de una cultura y un tipo de vida.

La forma teatral elegida parte de una constante liberación del subconsciente. Díaz está muy lejos de ese puntillismo ilustrativo, que exige a cada frase una significación precisa y un juego concreto en la totalidad del drama. El autor chileno lo que hace es situar a los personajes en su vacío y provocarlos, dejando que el juego siga hasta el final.

Los personajes de "El cepillo de dientes" son dos, marido y mujer. Se parte de esa obsesión por "llenar el tiempo" que, modernamente, ha tipificado exasperadamente Samuel Beckett, pero a la que cabría encontrar una larga serie de muy ricos y diversos antecedentes. La cita de Beckett es también oportuna en la medida que el juego circense de marido y mujer, sus invenciones, sus aceptadas mentiras, sus oscilaciones de euforia y desánimo, recuerdan a Vladimiro y Estragón, los dos payasos cósmicos de "Esperando a Godot", de tan decisiva influencia en una parte considerable del teatro contemporáneo.

Establecida esta primera afinidad formal, habría que citar otra, también muy clara, "El balcón", de Jean Genet, con sus personajes disfrazándose, inventándose una y otra vez, para llenar un tiempo totalmente muerto y gozar de un sentimiento existencial que no llenaría nunca la realidad social o histórica.

Jorge Díaz, aun incorporando elementos de Beckett y Genet, ya digo que se diferencia de ellos en un punto radical. El sí cree que la historia puede llenar ese sentimiento existencial. Y, precisamente, lo que muestra su drama es la esterilidad, la imbecilidad última, de un juego "entre dos", de un automatismo que asocia, por ejemplo, "Masacre en Vietnam", a una película y no a una real e inaceptable matanza de seres humanos.

Es curiosa e interesante la raíz española de la obra. Su forma responde, según vemos, a procesos estilísticos y debates ideológicos que no ha albergado todavía nuestro teatro nacional. Sin embargo, la extremosidad, el gusto por lo grotesco, la violenta mezcla de la crueldad y el chiste, la línea humoral de la obra, nos resultan, a menudo, para bien o para mal, totalmente nuestros.

La dirección de Rubén Benítez no se ha preocupado demasiado de la significación patética de la obra. Ha procurado, por el contrario, servir cuanto hay en ella de juego —a veces un poco burdo—, de comicidad, convencido, sin duda, de que a través de estas ridículas y risibles imágenes se expresaba mejor la angustia básica de la obra. La escenografía, que firmaba José Abedul, y la luminotecnia, de José Camacho, resultaron excelentes.

En cuanto a los actores, "El cepillo de dientes" nos ha presentado a una buena actriz chilena y nos ha permitido apreciar de nuevo la calidad de Agustín González. Quizá sean actores de cuerda distinta; quizá Carla Cristi sepa "jugar" sobre todo, y Agustín González necesite "vivir" de un modo pleno el papel. Por encima de los posibles y leves desajustes que ello provoque en un plano de rigurosa exigencia, lo cierto es que ambos defendieron admirablemente la obra, contribuyendo decisivamente a que el estreno de Jorge Díaz fuese un éxito.

Un éxito importante, significativo, cargado de implicaciones, cuyo desarrollo consideramos de gran importancia.